

# Trabajo y sentido

*José Ramón Pin Arboledas*

*Ingeniero Agrónomo, Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales, Master en Economía (IESE) y Doctor en Sociología. Es Profesor Ordinario del Área de Comportamiento Humano en la Organización y Relaciones Laborales (IESE) además de profesor visitante en varios centros universitarios. Ha sido Diputado en el Parlamento español y en los Parlamentos regionales de Madrid y Valencia, así como Concejal del Ayuntamiento de Madrid.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Para mí resulta un privilegio, que no esperaba, que se me invitase a reflexionar sobre el trabajo en el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Vaya pues por delante mi agradecimiento a los organizadores del Congreso en su memoria.

El reto es enorme por la importancia del tema en el mundo moderno. El trabajo profesional constituye hoy en día una de las claves de nuestra civilización. Sin él los avances técnicos, que han hecho de este mundo lo que es, no serían posibles. Pero lo es aún más porque el trabajo es, un tema central de la doctrina del Fundador del Opus Dei.

Si hay algo que constituye la médula espinal de la aportación del Beato Josemaría es la consideración del trabajo como medio de santificación. Ahí la dificultad de escribir algo a la altura adecuada. No creo haberlo conseguido, pero tampoco lo pretendo. Proponerse metas inalcanzables no es propio de los que habitualmente tratamos con el mundo de la empresa, que se caracteriza por su realismo y, por tanto, su posibilismo.

A la hora de acometer este desafío he preferido, en consecuencia, abordarlo desde un punto de vista íntimo, basándome en las inquietudes personales y engarzándolo con lo que constituye mi ocupación profesional: «la teoría del comportamiento humano en la organización». Intento así explicar cómo la antropología empresarial moderna no sólo no es contraria, sino que ayuda a profundizar en las grandes verdades de la fe sobre el sentido de la vida y el trabajo.

Me parecía que era de las pocas cosas que podría aportar sin incurrir en la repetición de lo que autores, más brillantes que yo, seguramente ya han dicho y dirán; y, en todo caso, creo que es mi única posibilidad de aportar algo.

Este escrito empieza refiriéndose a una pregunta que siempre quise responderme: el sentido de la vida humana (2). Lo busco apoyándome tanto en la doctrina católica, recogida fundamentalmente en el Catecismo, como en la antropología básica que sirve de soporte a mis clases sobre comportamiento humano en la organización. Después de ello introduce una reflexión sobre el sentido del trabajo (3), dado que constituye una parte sustancial de esa vida. En este punto analizo como el trabajo ayuda a autoconstruirse a quién lo hace y cómo eso tiene relación con la caridad, el amor a Dios, a los demás y al mundo. Acaba con una conclusión, que, adelante, no es nada original. No podía serlo. Todo esta ya dicho.

Mi intento es aportar una nueva forma de expresar estas consideraciones. Por esta razón me excuso ante quién aborde la lectura de este trabajo con la intención de encontrar algo original en el fondo. No obstante, creo que sí puede interesarle la forma de expresar ideas perennes recurriendo a conceptos novedosos como las motivaciones humanas. Expresiones como motivación sentida, actual o potencial, sacados de las teorías organizativas del profesor Pérez López, pueden ayudar a reflejar de una nueva manera lo que todos ya sabemos<sup>1</sup>.

El Profesor Juan Antonio Pérez López fue mi maestro en el IESE (*Instituto de Estudios Superiores de la Empresa*) de la Universidad de Navarra. Tanto en el MBA como en los años en los que compartimos tareas docentes. Sus teorías sobre la organización constituyen un marco referencial para muchos de los que hemos sido sus discípulos. Científico riguroso y brillante pensador de sólidos fundamentos —en mi opinión, gracias también a su familiaridad con el mensaje del Beato Josemaría—, sus dos obras fundamentales se encuentran referidas en la bibliografía que acompaña a este escrito. Su sólida formación se debe no solo a sus estudios (fue Licenciado en Ciencias Actariales y Doctor por la Universidad de Harvard) sino fundamentalmente a su preocupación por los temas teológicos. Su fuente más directa era, como él decía, *El Aquinate* y, a través de él Aristóteles, iluminado por la Revelación. Su conversación favorita: remontarse desde los temas de la dirección de empresas a la contemplación de la *Trinidad*. Más de una noche le dieron las tantas de la madrugada disertando sobre este tema.

Con toda probabilidad sería la persona indicada para una ponencia como la presente. Desgraciadamente su muerte prematura en accidente de automóvil no le permitirá estar en Congreso del Centenario, pero estoy seguro que lo segui-

<sup>1</sup> Cfr. J.A. PÉREZ LÓPEZ, *Fundamentos de la Dirección de Empresas*, Madrid 1993.

rá desde la otra vida y gozará como siempre lo hacía con las discusiones académicas a las que siempre acababa añadiendo un significado trascendente.

Sirva este breve comentario sobre su persona de reconocimiento a su labor y a la de tantos otros que quieren llevar a Cristo a la cumbre de todas las actividades humanas, en este caso la académica, con tanta capacidad como espíritu de servicio.

## 2. EL SENTIDO CATÓLICO DE LA EXISTENCIA

Desde que tengo uso de razón recuerdo estar preocupado por el sentido de la vida humana y, en particular, de mi vida y la de los que me rodean. ¿Cuál es la razón para que estemos deambulando en este mundo? En mi opinión sería una broma pesada haber aparecido en la tierra con el único fin de sobrevivir un periodo de tiempo más o menos largo. Así pues necesitaba algo o alguien que le diese ese sentido.

Solo la religión y, concretamente, para mí la católica, da una respuesta. Era la esperanza de una existencia perdurable después de la vida mortal. «El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia él y la entrada en la vida eterna»<sup>2</sup>. Creer en ello no sólo era necesario; para mí también fue fácil. Aficionado a leer sobre Historia Antigua, sabía que la existencia más allá de la vida terrenal no es única de la religión cristiana, siempre me llamó la atención su arraigo en otras culturas y religiones. El particular culto a los muertos de los antiguos egipcios es una más de las manifestaciones de esta creencia. Pero, aún así, quedaban muchas incógnitas. «Este misterio de comunión bienaventurada, y con todos los que están en Cristo, sobrepasa toda comprensión y toda representación»<sup>3</sup>.

¿Cómo es esa existencia perdurable después de la muerte? Una cosa es cierta: para los creyentes los bienaventurados gozarán de la visión beatífica y los condenados sufrirán las penas infierno. No obstante, tampoco tenía claro que significa esa visión beatífica. ¿Sería igual para todos los mortales? y, aunque sea sustancialmente lo mismo para todos, ¿será adecuada a cada uno? Esta parecía ser la respuesta más convincente. La bienaventuranza eterna se ciñe a las circunstancias y características de cada persona o mejor dicho de su destino personal. «En la gloria del cielo los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás y a la creación eterna»<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1020.

<sup>3</sup> *Ibidem*, 1027.

<sup>4</sup> *Ibidem*, 1029.

### *a) El destino personal en la religión católica*

La religión católica es personalista. El concepto de persona es inherente a la misma. «Un solo Dios verdadero y tres personas», reza el Credo, la máxima expresión de la fe. El cristianismo brota de una relación personal con Dios<sup>5</sup>. Lo que se salva o se condena es la persona humana. Y la persona es el resultado de su devenir. Decía Ortega «yo soy yo y mis circunstancias». La persona se realiza en su paso por la tierra, en sus obras, en sus omisiones, en sus éxitos, en sus fracasos. La persona humana, cada persona, es la consecuencia de su particular historia. Cristo, en cuanto Persona con una naturaleza humana, no se entiende sin su pasión que es la parte más significativa de su historia temporal.

Muy pronto me di cuenta de ello. Antes de los dieciocho años ya había tomado una decisión: yo sería lo que me fabricase con mi esfuerzo. Había que basar esa construcción personal en el trabajo, sin contar excesivamente con accidentes como la inteligencia, la mucha o poca con que me hubiese dotado la naturaleza, la condición física, la suerte o la riqueza. Por aquel entonces solo podía barruntar mi acierto dado que las directrices que ofrecían mis preceptores estaba alejada de esa cuestión. El trabajo profesional no entraba de lleno en la materia que explicaban. Sin embargo algo no encajaba. Era necesario encontrar una unidad de acción. La vida no podía ser esquizofrénica. El sentido trascendente por un lado y el profesional por otro. Además, la construcción personal a lo largo de toda la vida debía ser un tema central de la religión católica.

Hasta tal punto es central el concepto de que la persona es consecuencia de lo que somos y nos hacemos, que en el cristianismo la esperanza de la vida eterna está unida a la resurrección de la carne. «Creemos en la verdadera resurrección de la carne que poseemos ahora»<sup>6</sup>. La persona es elaborada por el hombre en su integridad, en su cuerpo y en su alma. Nuestro destino final, más allá de la muerte, es ser lo que somos, lo que estamos siendo, en plena realización con Dios y en Cristo.

Fue en mi juventud, junto con mi futura esposa, en conversaciones sobre el destino del hombre cuando empecé a barruntar, de manera vivencial, que la vida futura sería la continuación de la presente; pero en plena realización. Sería ser lo que somos y cada vez más lo que somos.

Sin embargo, esa plena realización no pude comprenderla con más profundidad hasta que mi maestro, Juan Antonio Pérez López me introdujo en la

<sup>5</sup> Cfr. J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, Madrid 1999, p. 52.

<sup>6</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1017.

antropología empresarial y su complejidad<sup>7</sup>. Concretamente en el significado de la motivación potencial<sup>8</sup>. Esto empezó a ocurrir en mis conversaciones con Juan Antonio que se conjugaron con el descubrimiento de la doctrina del Opus Dei acerca de la naturaleza del trabajo.

### *b) La motivación potencial. Cielo e infierno*

Intentaré explicar en breves líneas este concepto. El ser humano experimenta una motivación sentida, un impulso inicial, que mediante el proceso intelectual, y el ejercicio de la razón convierte en motivación operativa o actual. Cuando sentimos el deseo de realizar algo, aplicamos el conocimiento intelectual para valorarlo racionalmente y, a la vez, ejercitamos nuestra voluntad para decidir. Así hemos convertido la motivación sentida en actual u operativa. Ésta es la que se actualiza en la acción. Y esta acción, a su vez, contribuye a la formación futura de: el conocimiento intelectual, la voluntad, y la propia motivación sentida. Es un proceso de retroalimentación que esquematizo en el siguiente cuadro:

De manera que la motivación sentida, la motivación operativa, el intelecto y la voluntad, es decir, lo que somos como personas, son consecuencia de nuestra actividad como tales.

Este cuadro presenta un descubrimiento antiguo, anterior al cristianismo. Procede de la filosofía griega. Aristóteles<sup>9</sup> lo define cuando indica que la repetición de actos crea hábitos. Una afirmación de la que, además, tenemos evidencia empírica diaria en nuestro acontecer como personas y en el de las que nos rodean.

Un aforismo castellano lo expresa según la sabiduría popular: «si no actúas como piensas, acabas pensando como actúas». Nos vamos construyendo como personas en un itinerario vital consecuencia de nuestras propias acciones al decidir. Por eso no todos los itinerarios son iguales.

Ya Aristóteles empieza a barruntar la necesidad de establecer una norma para descubrir cuál es el itinerario adecuado en este autoconstruirse a través de

<sup>7</sup> Cfr. J.A. PÉREZ LÓPEZ, *Teoría de la acción humana en las organizaciones. La Acción Personal*, Madrid, 1991.

<sup>8</sup> Cfr. IDEM, *Fundamentos de la Dirección de Empresas*, cit.

<sup>9</sup> Que recurra a la filosofía griega para entender el significado cristiano de la vida es seguir la tradición católica. San Pablo aporta la herencia helénica a la inspiración judaica (J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, 19) y Santo Tomas de Aquino la lee a la luz de la Revelación como se indicó antes.

las decisiones y los actos personales. Define unos hábitos como buenos y los llama virtudes<sup>10</sup>. Otros son los malos y los llama vicios.

Así pues, existen unos itinerarios mejores que otros. Unos que llevan a la perfección de la persona y otros que llevan a su destrucción como tal.

La motivación potencial es la que tendría una persona que se realizase totalmente. De manera que el buen itinerario de autoperfección consiste en ir descubriendo esa motivación potencial hasta hacerla actual, operativa, y sentida. En el “buen final” el ser humano identificaría los tres tipos de motivaciones: la sentida, la actual u operativa y la potencial<sup>11</sup>. En este final sólo actuaría de manera que se mantuviese la perfección. La fórmula de la felicidad, el fin objetivo de la vida humana según Aristóteles, se podría exponer como la seguridad de que estamos en la línea de conseguir que:

Motivación sentida = Motivación operativa = Motivación potencial

Ecuación que nunca se alcanzará en el ser humano. En mi opinión ni en esta vida ni en la otra. Si lo consiguiese habría acabado como persona. Su finalidad como persona no es conseguirlo, sino ponerse en la situación de certidumbre de que se está en el camino de alcanzarla; en la seguridad de que así será y de que cada vez avanza más en esa dirección.

Aquí es donde la filosofía griega se queda corta. Para ella esa realización es la felicidad. Pero no sabe definirla, salvo con referencias difusas a un estado de equilibrio en esta vida y en el mejor de los casos a la amistad con otras personas<sup>12</sup>. Lo mismo ocurre en otros pensamientos. En las filosofías y religiones orientales. Sólo el cristianismo da una respuesta para siempre.

Para un cristiano la finalidad de la persona es alcanzar el cielo<sup>13</sup>. La bienaventuranza eterna. En ese estado su motivación sentida y su motivación actual son cada vez más cercanas a la motivación potencial de cada uno: la voluntad de Dios. Una voluntad de Dios que se refiere a cada persona y que expresa la cualidad de su amor por esa criatura en particular.

<sup>10</sup> ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, Bogotá, 1994, p. 19.

<sup>11</sup> Nótese que Juan Antonio Pérez López nunca se propuso describir un ser humano, creo que estimaba superior a la inteligencia humana esa tarea. Lo que intentó es describir un modelo que sirviera para comprender algunas facetas del ser humano y, en particular, la del aprendizaje. Así pues, conceptos como la motivación sentida o la potencial son «constructos» conceptuales que ayudan a entender al ser humano no descripciones reales del mismo.

<sup>12</sup> ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, cit., p. 181.

<sup>13</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1023.

En ese estado de perfección el ser humano aspirará a realizar su bien, que será el bien que Dios quiere para él, con plena certidumbre de lo que hace y porque lo hace. De alguna manera se puede decir que la persona continúa su desarrollo personal después de la muerte, pero sin las ataduras de la vida actual. Será un proceso de desarrollo personal continuo y permanente consecuencia de sus actuaciones hasta la muerte terrenal y de la Providencia divina y, además, con conocimiento cierto de que así será. Pero es un proceso sin fin, infinito, como lo es el Amor de Dios. Cada vez seremos más capaces de amar a Dios y ser lo que Él quiere que seamos por nuestro bien.

Por el contrario el infierno<sup>14</sup> consiste en tener la misma certidumbre, pero actuar con una motivación sentida y actual contraria a esa motivación potencial. De ahí la desesperación de los condenados. Saben lo que tienen que hacer, pero hacen lo contrario y cada vez su motivación sentida será más divergente de la potencial. Así para toda la eternidad. El pecado, concepto clave en la concepción cristiana de la existencia<sup>15</sup>, tiene como principal efecto agrandar esta separación. Su gravedad está en empujar a la persona hacia una autodestrucción porque la aleja cada vez más de su motivación potencial, de su realización como persona.

Si no se ha logrado la necesaria perfección, para conseguir el proceso de certidumbre propio del cielo, pero aun hay posibilidad de salvación, la Iglesia nos enseña que la persona pasará por un estado intermedio: el purgatorio<sup>16</sup>. Enseñanza que refuerza la teoría de la continuación de la lucha personal después de la muerte. En ella la diferencia entre cielo y purgatorio estaría en el nivel de certidumbre de conseguir la convergencia motivacional. En el purgatorio es difusa, aunque cada vez más evidente hasta llegar al cielo, donde es total. En el purgatorio intuimos a dónde ir, la mayor o menor incertidumbre nos hace sufrir, en el cielo lo sabemos y esa certeza no llena de alegría.

### 3. IMPORTANCIA DEL TRABAJO EN LA CONSTRUCCIÓN PERSONAL

La vida personal consiste por tanto en esa sucesión de actos que la constuyen. Esa es la convicción a la que he llegado en esta reflexión sobre el sentido de la existencia humana. Como dice Lievegoed<sup>17</sup>, la vida es una sinfonía que componemos cada uno; y los acordes posteriores son consecuencia de los anteriores.

<sup>14</sup> Cfr. *ibidem*, 1033.

<sup>15</sup> Cfr. *ibidem*, 386.

<sup>16</sup> Cfr. *ibidem*, 1030.

<sup>17</sup> Cfr. B. LIEVEGOED, *Phases, Crisis and Development in the individual*, London 1970.

Si hay alguna actividad genuinamente actuante es el trabajo. El trabajo consiste en una serie de actividades que construyen a quién actúa. Por eso Herbs<sup>18</sup> puede decir que «el producto del trabajo son las personas». Por encima de los bienes y servicios que produce el trabajo lo sustancial de él es la construcción que el que trabaja se hace de sí mismo. El trabajo profesional es un proceso de autoconstrucción del que lo realiza. De ahí que lo más importante no sean tanto los resultados externos sino su efecto interno<sup>19</sup>. En consecuencia todos los trabajos pueden tener la misma importancia, independientemente de esos resultados externos. Pueden ensalzar o degradar a la persona que los ejecute según acerquen la motivación sentida a la potencial o la alejen.

Aunque no es la única actividad humana, el trabajo profesional ha ido adquiriendo importancia a lo largo de la historia. También de la historia de la teología católica. De ser prácticamente ignorado como parte del proceso de realización personal para la salvación, e incluso a considerarse un obstáculo para el mismo, a constituir un elemento fundamental en ese proceso. Como ya he dicho a esta corriente no es ajena la aportación de la doctrina del Fundador del Opus Dei.

En mi particular búsqueda del sentido de la vida era importante encontrar un sentido al trabajo para esa vida, ya que constituía una parte fundamental de mi actividad. Es decir de mi proceso de construcción personal. Lo mismo ocurriría a otras personas dado que en la actualidad más del cincuenta por ciento de su tiempo útil se dedica a lo que llamamos trabajo profesional.

Si esa parte de mi actividad no podía contribuir a realizar el proceso de identificación de mi motivación sentida con la potencial, tendría serias dificultades para realizar un itinerario adecuado, dado el consumo de tiempo y energía que comportaba.

Por tanto es importante comprender cómo el trabajo puede contribuir al descubrimiento de la motivación potencial y la convergencia de la motivación sentida con ella.

### *a) La motivación potencial y la santidad*

Para eso había que encontrar una definición cristiana de motivación potencial. Definición que encontré en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá.

<sup>18</sup> Cfr. P.G. HERBS, *The product of work is people*, en *The Quality of working life*, (E Davis, L.E. & Cherns, A.B. Eds.), vol I, Free Press. New York, 1975.

<sup>19</sup> Aunque como veremos más adelante las consecuencias externas son importantes en cuanto influyen en los demás y el mundo que los rodea.



vá de Balaguer. Es lo que él expresó como: la llamada universal a la santidad. La motivación potencial de cada persona es la que esa persona tendría en la situación de santidad.

El trabajo tiene, por tanto, un sentido en función de esa construcción personal hacia su santidad.

Una santidad que, como motivación potencial, es en cada persona, valga la redundancia, personal, individual, característica y diferente de la de las otras personas, porque así lo quiere Dios en su amor por ella. Una santidad consecuencia, en buena parte, aunque no únicamente, de la actividad profesional.

La santidad se define como el amor a Dios. Desde la particular antropología aquí expuesta no puede ser de otra forma. El ser humano es una criatura amorosa<sup>20</sup>, su capacidad de amar es manifiesta y no necesita demostración. Una de sus características esenciales es esa capacidad de amar. La tradición cristiana coincide con esta afirmación. Si Dios es amor y el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, el hombre es también amor. La filosofía griega lo llegó a intuir al incluir como parte fundamental de la felicidad la amistad<sup>21</sup> aunque no llegó a la profundidad de la Revelación por carecer de su inspiración. Su carencia del concepto del Dios creador, difusor del amor, le impidió avanzar.

La motivación potencial, la santidad, no puede ser contraria a su naturaleza humana. Antes bien, debe ser consecuencia de ella. Por ello la santidad debe consistir en amar. La caridad cristiana en su máximo rango es la motivación potencial de la persona, de todas y cada una. De acuerdo con la antropología expuesta la manifestación de este amor será personal y, por tanto, característico y diferencial de cada individualidad humana. Construido por la persona a través de su actuar.

El trabajo profesional eficaz tiene como misión ayudar a contribuir a la transformación de la motivación sentida, el impulso natural de la persona, en algo cada vez más parecido a la “caridad” cristiana. Caridad entendida, en primer lugar, como amor al Dios, al Creador. Un amor personal que hemos de construir al trabajar, igual que en otras facetas de la vida. Un amor distintivo y distinto que nos identificará en la vida futura si hemos alcanzado la bienaventuranza. Por eso podría decirse que el cielo es también personal. Cada cual tendrá su cielo particular, su amor a Dios se manifestará de manera específica consecuencia de su autoconstrucción.

<sup>20</sup> Cfr. J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, p. 101.

<sup>21</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, cit., p. 181.

## *b) Trabajo y amor a los demás*

Pero si el primer mandamiento es: «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente»; el segundo reza: «Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos se desprenden toda la Ley y los Profetas»<sup>22</sup>.

El amor es difusivo. No tiene fronteras. Se extiende como mancha de aceite. Un amor que fuera exclusivo es una forma sofisticada de egoísmo. La santidad no puede ser un amor abstracto a Dios sin contacto con el mundo y los demás. La caridad implica la relación amorosa con los que nos rodean y el mundo. La Epístola I de San Juan así lo expresa: «amémonos los unos a los otros porque la caridad procede de Dios<sup>23</sup> [...] Dios es Amor<sup>24</sup>».

Un trabajo que no esté orientado hacia el bien de los demás es un trabajo alienante. No produce el efecto buscado de igualar la motivación sentida a la potencial. Curiosamente la filosofía griega llegó a perfilar esta verdad. Filósofos con otras raíces también lo descubren. Para Victor Frankl, de pensamiento judío, sólo el yo que se proyecta en el otro tiene sentido<sup>25</sup>.

Este amor a los demás es consecuencia del amor a Dios, dado que el amor es uno, como lo es Dios, fuente de todo amor.

Por tanto, todo trabajo que no pueda enfocarse a la búsqueda del bien de los otros no es un trabajo constructivo. Para ello hay que definir el bien de los otros. Bien que no puede consistir sino en facilitarles el mismo proceso de autoconstrucción personal.

Así pues el trabajo debe cumplir con las dos condiciones básicas: ayudar al crecimiento de la caridad del que trabaja y de los receptores de las consecuencias de ese trabajo.

En ese sentido, tenemos que afirmar que si bien lo importante es el efecto interno en el que trabaja, los efectos externos en los demás tienen importancia en cuanto les faciliten o dificulten ese proceso de realización personal. Es más, el efecto interno es también consecuencia de estos efectos externos. En la medida que nuestro trabajo mejore a los demás nos mejora.

Juan Antonio Pérez López incorporó esta idea describiendo los tres tipos de motivos que tienen las personas: los extrínsecos, que hacen que las personas se muevan por lo que esperan recibir del entorno; los intrínsecos, que las mueven por la expectativa de cambios internos al actuar y los trascendentes, que supo-

<sup>22</sup> Mt XXII, 36-40.

<sup>23</sup> 1 Jn IV, 7.

<sup>24</sup> 1 Jn IV, 16.

<sup>25</sup> V. FRANKL, *Una idea psicológica del hombre*, Madrid 1965, p. 107.

nen el impulso por el bien que los demás reciben al actuar. Así Juan Antonio incorporaba una nueva dimensión a las teorías clásicas y psicosociales del trabajo. El lo llamó la “Teoría Antropológica” de la acción.

De ahí que la perfección técnica del trabajo, en la medida que ayuda a esta realización, propia y ajena, sea una condición necesaria para que sea meritorio. «El trabajo bien hecho es meritorio».

Pero ese “bien hacer” del trabajo va unido indefectiblemente a su cualidad moral. Un trabajo sin esta cualidad no está ni siquiera técnicamente bien hecho, por perfecto que sea en sus aspectos materiales e intelectuales. Un buen acto médico, por ejemplo, requiere la cualidad moral, lo mismo que una decisión empresarial o un trabajo de investigación. También es probable que esa cualidad moral sea imposible si las condiciones materiales e intelectuales de perfección no se cumplen. Así se puede decir que: «La responsabilidad cristiana en el trabajo no se traduce sólo en llenar horas, sino en realizarlo con competencia técnica y profesional [...] y, sobre todo, con amor de Dios»<sup>26</sup>.

### *c) Trabajo y amor al mundo*

La cualidad difusora del amor no se reduce a las personas, incluye también el mundo. Primero porque el mundo es una creación de Dios, objeto final del amor. Segundo porque el mundo es donde se desarrolla uno mismo y los demás. Si el mundo no es bueno ese desarrollo se verá dificultado.

En el Génesis se indica que el Creador puso al hombre sobre la tierra para su dominio<sup>27</sup> y en el jardín del Edén para que lo guardara y lo cultivara<sup>28</sup>. Así que el mundo es objeto del trabajo por deseo divino, y Dios nunca desea algo malo para el hombre. Debemos amar al mundo que construimos con nuestro trabajo por amor a Dios.

Pero al construir ese mundo debemos tener en cuenta que la persona humana, como ser corporal, requiere del mundo para su realización en esta vida. Amar al mundo es construirlo de forma que ayude al proceso de autoconstrucción de cada persona.

En ese sentido un trabajo debe producir cosas bellas. La belleza es un reflejo del Creador. Su existencia permite reflexionar por elevación sobre la grandeza del Señor; ayuda al desarrollo de la caridad. Destruir la belleza es moralmente malo, porque reduce estas posibilidades de ver en ella esa grandeza.

<sup>26</sup> *Forja*, 705.

<sup>27</sup> *Gen* 1,28.

<sup>28</sup> *Gen* 2,8.

La contaminación y destrucción del medio ambiente es un pecado al destruir la belleza natural. Eso no quiere decir que no se pueda transformar el entorno, al contrario la acción del hombre debe ser transformadora para su mejora, para hacer más habitable humanamente la tierra. Para convertirla en un lugar que facilite el autodesarrollo cada vez más. Junto “al ambiente natural” hay que considerar “el ambiente humano”. Juan Pablo II llama la atención sobre lo que él denomina “la ecología humana” e insiste en la necesidad de salvaguardar las condiciones morales que la conforman<sup>29</sup>.

#### 4. EL SENTIDO DEL TRABAJO PROFESIONAL DE EDUCADOR

He de explicar que mi trayectoria profesional, ligada al mundo de la empresa al principio, estuvo bien pronto al servicio de la política. Junto con otros de mi generación participé en cambiar las cosas de mi país en lo que se llamó la “transición española a la democracia”. Fui Diputado al Congreso durante dos legislaturas (la Constituyente y la primera, en total seis años), Diputado en la Asamblea Regional de Madrid y Concejal de su Ayuntamiento. Un total de casi quince años de dedicación a la política.

Para mí sin un sentido de deber hacia Dios, los demás y el mundo, la política queda en un mero juego de poder decepcionante. Por eso, cuando mi trayectoria vital en la política se hizo menos intensa (en mi opinión tiene que ser una profesión transitoria si se quiere ejercer con libertad, pero que nunca se abandona del todo) busqué una profesión en la que pudiera transmitir mis experiencias para ayudar a mejorar a los demás y a las organizaciones.

En política aprendí cosas buenas, se puede hacer mucho bien, pero también comprendí que ciertos errores destrozan a las personas y las organizaciones. Pensé que podría aportar eso a otras personas.

Aunque tenía ofertas para reincorporarme a la empresa me pareció que la confluencia de mi experiencia profesional, mi actividad política y el esquema conceptual que he descrito me daban la oportunidad de poner todo ello al servicio de las personas, de cada persona en particular en la enseñanza. En el IESE tuve la gran suerte de hacerlo. Por tercera vez en mi vida cambié, no ya de trabajo, sino también de profesión e intuyo que no será la última.

Entrar en la carrera académica cumplidos ampliamente los cuarenta no es fácil. Doctorarse, mientras se trabaja intensamente, menos aún. Mi familia soportó unos veranos dedicados a la redacción de la tesis durante años. Creo que han

<sup>29</sup> Cfr. D. MELÉ, *Cristianos en la sociedad*, Madrid 2000, pp. 182-183.

sido las enseñanzas recibidas en el Opus Dei, y la gracia de Dios, la que ha hecho posible este esfuerzo.

De mi maestro Juan Antonio aprendí que en las aulas se puede hablar de felicidad (que es una manera de nombrar la santidad) entre costes, beneficios, contratos y hasta despidos. Todo depende de las intenciones, la calidad técnica y la visión que se de a las decisiones. Y sobre todo del “amor” que se ponga en ello.

También he aprendido con los años que no es fácil hacerlo y que se corre el riesgo de olvidarse de lo más importante en aras a la brillantez, el reconocimiento o el dinero. Nunca estamos a salvo de la tentación y en la academia la más fuerte es la de la soberbia mezclada con la envidia. Vencerla no es fácil; parte de la lucha de todo científico educador es superarla. Espero conseguirlo, pero como aún no estoy en la otra vida, ni he pasado el purgatorio, estoy lleno de incertidumbres, aunque también de esperanzas.

En esta parte del camino me encuentro. Hasta aquí he llegado. Aun queda trecho por recorrer pero el ejemplo de mis maestros me indica que siempre es posible mejorar.

## 5. CONCLUSIONES

De las reflexiones hasta aquí desarrolladas, e independientemente de mi peripecia personal, puedo concluir que:

- La vida humana es un proceso de autoconstrucción personal específico de cada ser humano, cuyo sentido está más allá de su devenir en este mundo.
- Esa autoconstrucción puede ayudar a que las motivaciones sentidas se acerquen a la motivación potencial, la que tendría una persona en estado de perfección final. Pero también puede hacer que cada vez sea más divergente. Los actos que ayudan a lo primero son virtuosos, los que lo impiden o dificultan son los pecados.
- La motivación potencial del ser humano es la santidad. En el cielo tendrá la certidumbre de que sus acciones le acercan cada vez más su motivación sentida y actual a la motivación potencial. Mientras que en el infierno ocurrirá lo contrario. En ambos estados, la decisión sobre el camino futuro está tomada para siempre una vez muertos y es consecuencia de nuestro actuar en esta vida.
- La santidad consiste en el crecimiento continuo de la “caridad”, el amor a Dios y a los demás por él. Una caridad que será personal y distintiva de cada ser humano.

- El trabajo profesional hoy en día constituye una parte muy importante de la actividad humana. Es por ello que tiene un papel fundamental en esa autoconstrucción personal. Sin tener en cuenta esta actividad la persona no puede realizar plenamente su autoconstrucción.
- Si se quiere llegar a que la motivación sentida converja cada vez más con la potencial, el trabajo debe tener una dimensión religiosa, moral. Debe ser un instrumento para que la “caridad” crezca dentro de la persona. Tanto en el amor a Dios, como en el amor a los demás, por ser estos reflejo de Dios y criaturas creadas para ser amadas por Él.
- El trabajo sin esta dimensión moral no tiene valor, ni siquiera técnicamente. Los aspectos materiales e intelectuales del trabajo son buenos en la medida que contribuyen a su dimensión moral, a facilitar esa convergencia. Es decir, a ayudar al camino de santidad personal de cada uno.
- Eso no quiere decir que el trabajo profesional olvide al mundo, antes bien debe amarlo. Amarlo para transformarlo cada vez más en un lugar donde se facilite el desarrollo personal en el camino de la salvación. La belleza, y dentro de ella la belleza del medio ambiente, es un valor positivo en el trabajo siempre que cumpla esa misión.

En resumen, como se indicó en la introducción de este escrito, nada nuevo. El Beato Escrivá de Balaguer lo expresó de forma más rotunda y directa, con ese estilo que caracteriza a su doctrina al decir que el cristiano debe «santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo y santificar el trabajo»<sup>30</sup>.

<sup>30</sup> *Conversaciones*, 55.